

## RELATO Y PROSA CIENTÍFICA EN LAS OBRAS DE GRODDECK, ENTRE EL CUERPO Y EL SÍMBOLO.

Stéphanie Smadja

Walter Georg Groddeck, nace en Bad Kösen, Alemania, en 1866, era el quinto hijo de una familia de la alta burguesía. Su padre Karl, un reconocido médico general, era conocido en los círculos intelectuales de la época por obras de interés para la medicina, la filosofía y la sociología política. Al principio, Karl Groddeck había decidido que su hijo sería médico y se lo envió a un maestro a quien él mismo reverenciaba, Ernst Schweninger, de quien Georg sería el alumno y luego el ayudante. Un famoso médico, vinculado a la persona de Bismarck, una persona autodidacta con una personalidad muy fuerte, Schweninger ciertamente causó una fuerte impresión en Groddeck, él se basaba en técnicas corporales como la hidroterapia y el masaje, las que Groddeck posteriormente también usaría. Sobre todo, él establecía con sus pacientes una relación de autoridad absoluta, que consideraba como el principal agente de tratamiento, y que no tenía afinidades con la sugerencia hipnótica preanalítica. Su lema, *Natura sanat, medicus curat* (Nasamecu), serviría como título para el trabajo que Groddeck dedicó en 1913 a su antiguo maestro.

En una estrecha correspondencia mantenida con Freud alrededor de la década de 1920, apoyado por él en contra de toda la reserva, incluso hostilidad de la mayoría de los analistas de la época, Groddeck manifiesta no poder reclamar para sí mismo ese título, el de ser considerado como un discípulo del fundador del psicoanálisis. En desacuerdo con Freud sobre algunos puntos teóricos esenciales, él había desarrollado un pensamiento original, a pesar del cual sin embargo, no podía ser considerado un disidente o secesionista. Él se inspiró en Freud y Freud se inspiró en él, pero una discusión sobre la precedencia de uno sobre el otro difícilmente tendría sentido: las dos formas de pensar se oponen y se compenetran dialécticamente, cada uno delinea el negativo de la otra. Groddeck puede ser así considerado como uno de los padres fundadores del psicoanálisis, pero él siempre lo practicó de una manera original, dándole al cuerpo una importancia fundamental.

Freud tomó prestado de Groddeck la noción del Ello, que él teorizó en su obra más famosa, *El libro del Ello* (1923), una ficción epistolar que nos presenta las cartas de un *alter ego*, Patrick Troll, escritas a una interlocutora ficticia, en las cuales sus reacciones están inspiradas en las de Freud. Anteriormente, Groddeck había publicado *El Escrutador de Almas* (1921), una especie de novela picaresca que el propio Freud elogió. Sin embargo, la forma novelística y la fantasía de *El Escrutador de Almas* difícilmente nos permiten transmitir realmente las teorías del psicoanálisis naciente. El *Libro del Ello* fue concebido originalmente como una especie de elogio al maestro, homenaje bajo la forma de una serie de historias más o menos elaboradas de claro alcance pedagógico: se trata de instruir a la destinataria, y a través de ella al lector, para enseñarle los conceptos claves del psicoanálisis. Para poner adecuadamente en perspectiva el papel del relato en un dispositivo narrativo y científico de un género en particular, se debe enfatizar la complejidad de la combinación entre ficción y realidad. A medida que escribía *El Libro del Ello*, Groddeck enviaba sus cartas a Freud, quien le respondía. Groddeck luego le atribuye algunas de las reacciones de Freud a su interlocutora. Como instrumento de transmisión, la narrativa se convierte en una herramienta subversiva. *El Libro del Ello* refleja menos el acuerdo entre los dos hombres que sus profundas divergencias. Por lo tanto, examinaré el papel de la narración en varios niveles, no solo en tanto la difusión del conocimiento, sino que también en su reapropiaciones y modificaciones. Por último, la doble elección de la forma narrativa (en la novela picaresca como en esta ficción epistolar) en lugar de las obras teóricas más específicas está aquí íntimamente relacionada con el significado más profundo de las teorías de Groddeck: la promoción de la importancia del cuerpo y de un doble origen del lenguaje (el objetivo es asegurar la comunicación y

preservar la integridad del organismo), Groddeck elige una forma de expresión fuertemente encarnada. La escritura literaria es inseparable de la respiración y del cuerpo del escritor mismo, tanto como de su lector.

### **1.- De la novela picaresca a la ficción epistolar: el dispositivo narrativo implementado, entre la transmisión y la subversión.**

El relato es el material por excelencia del psicoanálisis. Los libros basados en casos específicos apelan fácilmente a la forma de la narrativa, como lo evidencian algunas obras de Freud o *El libro del Ello*, de Groddeck. En este caso, en el trabajo de Groddeck, la narración se usa de diferentes maneras, entre la transmisión y la subversión.

Groddeck publicó por primera vez *El escrutador de Almas* en 1921. A medio camino entre un diario de viaje y una novela picaresca, *El escrutador de Almas* pone en escena a un héroe inesperado, August Müller, que más tarde se convertirá en Thomas Weltlein. August Müller lucha contra las chinches que invaden su hogar. Las criaturas no solo ocupan el lugar externo, ellas se apoderan especialmente de la psique de un August Müller completamente obsesionado por ellas. Este último entiende el episodio como una revelación que le permite revelar su verdadera naturaleza como asesino de chinches. El decide, luego viajar por el mundo bajo el nombre de Thomas Weltlein, nombre que se ha otorgado a sí mismo como un signo de renacimiento. Dos posibles interpretaciones se dejan a elección del lector: frente a August/Thomas, los otros personajes, especialmente su hermana, consideran el evento no como una revelación seguida de un renacimiento con acentos críticos (primera hipótesis de lectura) sino como la marca de una locura creciente (segunda hipótesis), en la cual el personaje termina oscilando.

Los desafíos de tal viaje son muchos. En primer lugar, este héroe es la encarnación perfecta de las hipótesis de Groddeck. Durante su viaje, este adulto evoca al niño tal como Freud lo había definido en otro lugar (polimorfo, perverso, pansexual). Una representación de este tipo permite poner en escena a un héroe completamente obtuso de modos muy convenientes. Luego, para su primera publicación, Groddeck elige una narración en lugar de una explicación teórica: entonces, esto no es una teoría abstracta que propone a su lector, sino una teoría en acción, encarnada en un cuerpo, ciertamente un rol. Finalmente, esta elección formal le permite a Groddeck jugar la polisemia propia de la literatura. Así, la narración da lugar a múltiples interpretaciones, acordes con la riqueza de las teorías psicoanalíticas defendidas por Groddeck, cuya definición del “Ello”, como veremos, es diferente de la de Freud.

A Freud le había gustado mucho este libro, más sin duda por su carácter rabeseliano, superficial, más que por su otra referencia literaria: Don Quijote, -a quien le gustaba reconocer su simbología- un caballero de las cruzadas aparentemente vanas contra los prejuicios, indestructible porque son molinos de viento. Sin embargo, si *EL Buscador de Almas* había obtenido el reconocimiento del maestro, se lo consideraba fantasioso y se desviaba demasiado de las normas y códigos vigentes. Groddeck estaba escribiendo en *El Libro del Ello*, una ficción epistolar que supuestamente le permitía exponer las ideas de Freud para entrar de alguna manera en sus huestes. En realidad, este segundo trabajo, más abiertamente teórico en algunos lugares, enfatiza más que el primero la distancia entre las teorías de Freud y las de Groddeck.

En *El Libro del Ello*<sup>12</sup>, la primera carta que se lee es la historia de un *Yo* con acentos muy personales:

Querida amiga:

Usted desea que yo le escriba sin entrar en lo personal, que no le cuente chismes, que no le diga palabras bonitas, sino que sea serio, instructivo, a ser posible científico. En fin, terrible.

¿Qué tengo yo, pobre de mí, que ver con la ciencia? Porque lo poco que se necesita para la práctica médica no se lo puedo decir. Descubriría usted los andrajos que hay debajo de la brillante toga de la

---

1.- Las referencias de páginas refieren a la siguiente edición: GRODDECK, Georg (2012), *Le Livre du ça*, (1921), París, Gallimard, tel.

2.- Se han utilizado para las referencias a las Cartas de Groddeck del presente texto, las traducciones de las mismas sitas en la versión de “El libro del Ello. Cartas psicoanalíticas a una amiga” de Georg Groddeck, Edición Taurus. Madrid. España. 1973 (N. del T.)

habilitación para ejercer la medicina. Pero quizá se dé usted por satisfecha con que le cuente por qué me hice médico y cómo llegué a adquirir esta mi aversión al saber.

No recuerdo haber tenido de pequeño ninguna simpatía particular hacia los médicos, pero lo que sí sé muy bien es que nunca; ni antes ni después, llegué a relacionar esta profesión con sentimientos de humanidad.

Y si alguna vez -cosa que, por lo demás, ha sucedido- llegué a adornarme con tan nobles palabras, pido que se me juzgue con benevolencia mi mentira. Me hice médico porque lo era mi padre. Mi padre había prohibido a todos mis hermanos seguir esta carrera. Es de suponer que porque quería hacer creer a los demás y a sí mismo que sus dificultades económicas provenían de lo mal pagados que estaban los médicos, lo cual era de todo punto falso, pues mi padre era celebrado por todo el mundo como un buen médico y, como tal, pagado. Pero era aficionado, como su hijo y como cualquiera, a mirar hacia fuera cuando sabía que algo no iba bien por dentro. Un día me preguntó –por qué, no lo sé- si no quería hacerme médico, y como yo vi en esta pregunta una distinción frente a mis hermanos, le dije que sí. Con esto quedó decidido mi destino tanto en lo que se refiere a la elección de mi profesión como al arte y manera de ejercerla, pues desde entonces a esta parte me he puesto a imitar con toda intención a mi padre. Tan marcada era esta imitación que una amiga suya, al llegarme a conocer después de muchos años, no pudo menos de decir: “Todo como el padre, sólo que sin rastro de su genio” (pp. 33-34)

Este comienzo invita a varios comentarios. Corresponde a una apertura bastante tradicional para una ficción epistolar, e incluso una historia en primera persona, con una presentación del *Yo*. El *Yo* hace referencia a una descripción personal, luego a su infancia y a un episodio supuestamente determinante en su vocación de médico. Varios elementos típicos se describen: el uso de viñetas verbales para introducir el relato de un recuerdo (discrepancia entre el presente de la enunciación y el sistema de tiempo en el pasado), los pronombres (con una distancia, del *Yo* del narrador al *Yo* narrado), el arte del retrato. El relato es citado inmediatamente hacia el final del segundo párrafo, sin embargo, a pesar del deseo claramente declarado del destinatario se puede leer “nada personal, ni chismes, ni frases, pero sí cosas serias, instructivas o científicas”. El *Yo* barre esta demanda en un breve párrafo y atiende, de hecho, a decir “por qué yo me convertí en médico y cómo llegué a tener aversión a la ciencia”. Luego se dedica a un primer relato sobre la elección de su profesión, bajo la forma de una elección parcialmente involuntaria. Un padre que niega a todos sus hermanos el ejercer la función de la medicina y que le pregunta si él quiere serlo, el *Yo*, para distinguir los hermanos y acercarse a la figura del padre, responde afirmativamente.

El cuarto párrafo formula una segunda narración que expone nuevamente el origen de un trabajo del *Yo*. El soplo enunciativo es complicado, ya que el *Yo*, informa sobre una historia que su padre le habría hecho para justificar la relevancia de tal trabajo:

En aquel entonces me contó algo mi padre que luego, cuando aparecieron las dudas sobre mi capacidad para ejercer la medicina, vino a ser lo que me mantuvo en mi trabajo. Es posible que la historia me fuese ya conocida de antes, pero yo sé que la escuché con ese elevado estado de ánimo del José que se siente mejor que sus hermanos y que me impresionó profundamente. Cuando yo tenía tres años, me contó, me observó una vez cómo jugaba a las muñecas con mi hermana, que era algo mayor que yo y compañera mía perenne de infantiles entretenimientos. Lina quería que le pusiésemos un vestido más a la muñeca, y yo, después de mucho oponerme, cedí con las palabras: “Bueno, pero vas a ver cómo se ahoga”. De aquí -agregó mi padre sacó él la conclusión de que yo estaba dotado para la medicina. Y yo mismo llegué a sacar también esa tan poco fundamentada consecuencia. (p. 34)

El *Yo*, es aquí definido por los otros, y, extrañamente, esta anécdota la cual él mismo señala que es poco concluyente, lo persuade de que está “dotado para la medicina”. La historia es original: un comentario a toda vista inocuo hecho a un niño de tres años, lleva a un padre a decidir que este niño, a diferencia de sus hermanos, tendría el mismo trabajo que él. El *Yo*, más viejo realizando una mirada retrospectiva de su vida, no se deja engañar por el motivo evocado para esta transmisión. Todo ocurre como si esas dos primeras historias derivaran de un mismo análisis. Este comienzo de una ficción epistolar resalta así la palabra de

un *Yo* que comienza definiéndose a sí mismo y eligiéndose a sí mismo como primer caso. Al evocar su caso como un modelo, el *Yo* reúne una cierta forma de literatura, por lo cual es bien sabido que cuanto más personal es la cuestión, más se acerca a lo universal.

Sin embargo, el material de esta primera carta, enviada a Freud durante el escrito, es demasiado personal según el maestro. Freud le reprocha, como lo demuestra la reacción de la interlocutora en la siguiente carta:

Querida amiga:

Usted no ha quedado conforme. Ha habido demasiadas cosas personales en mi carta, y usted me desea objetivo. Yo creo que lo he sido.

Veamos si no: yo escribí sobre elección profesional, antipatías y división interior con raíces en la infancia. En efecto, hablé de mí mismo, pero las vivencias descritas son típicas. Aplíquesele usted a otros hombres y se enterará de muchas cosas. Ante todo, se dará usted cuenta de que nuestra vida es gobernada también por fuerzas que no obran a la luz del día, y que hay que tratar de descubrirlas con mucho trabajo y paciencia. Yo lo único que pretendía era mostrarle, a base de un ejemplo, de *mi* ejemplo, cómo hay muchas cosas que acontecen dentro de nosotros y que se hallan, sin embargo, fuera del alcance de nuestro pensar habitual. Pero lo mejor será que le diga a usted en seguida lo que pretendo con mis cartas. Usted podrá luego decidir si el tema es suficientemente serio o no. Si alguna vez mi discurso bajase al nivel del chisme o de la palabrería, le ruego que me lo diga. Nos ayudará a los dos.

Yo sostengo la opinión de que el hombre es vivificado por lo desconocido. En él hay un Ello, algo de todo punto admirable, que rige y gobierna todo lo que hace y todo lo que le acontece. El enunciado “yo vivo” es solamente correcto bajo determinadas condiciones, expresa solamente un aspecto parcial de la realidad básica, a saber, de que el hombre es vivido por el Ello. De este Ello se van a ocupar mis cartas. ¿Está usted de acuerdo? (p. 42)

La reacción del interlocutor ficticio, inspirada en la reacción de Freud, le permite a Groddeck especificar tanto el pacto de la lectura y el de su pensamiento. Él define, así al “Ello” como “una suerte de fenómeno que preside todo aquello que él hace, todo lo que [...] le sucede” al ser humano. Además, Groddeck está más allá de los dualismos más simples. Él no se suscribe a la oposición entre objetivo y subjetivo, o al menos no a como lo reivindica su interlocutora. El garante de la seriedad de las palabras de Groddeck es precisamente aquello que motiva a su interlocutora la impresión de subjetividad. Él basa sus demostraciones en ejemplos, empezando por el mejor ejemplo conocido por él, es decir, él mismo. Así, la elección de la narrativa en general y de la historia de sí mismo en particular suscita un problema epistemológico. Susceptible de promover la transmisión de conocimiento, la historia es también un instrumento al servicio de su conceptualización y el desciframiento de lo humano.

Estas aclaraciones serán establecidas, la segunda carta es una oportunidad para poner nuevamente en escena un *Yo* como un caso representativo de comportamiento humano:

Esta mezcla de hembra y varón puede revestir, a veces, caracteres de fatalidad. Hay hombres cuyo Ello queda en la duda, que todo lo ven desde dos lados, que son esclavos de un doble cuño, grabado en los primeros años de la infancia. Como ejemplo, había citado yo ya a los que fueron amamantados por nodrizas. Y, de hecho, las cuatro personas de quienes le hablé a usted poseen un Ello que a veces no sabe si es hembra o varón. Por lo que a mí respecta, le es a usted de sobra conocido, y no lo habrá olvidado, que, bajo el influjo de cualquier impresión, se me hincha el vientre, y que se me desinfla de repente en el momento en que empiezo a contárselo a usted. Como usted también sabe, a esto lo llamo yo mi embarazo. Pero lo que usted no sabe... ¿O se lo he contado ya? Es lo mismo, se lo contaré otra vez. Hace unos veinte años me salió bocio. Entonces yo no sabía lo que sé ahora o, al menos, lo que creo saber. De todas formas, lo cierto es que anduve diez años con el cuello hinchado y ya me había resignado a ir así a la tumba. Pero al llegar al conocimiento del Ello me di cuenta –y cómo llegué hasta aquí carece de importancia- que esa hinchazón no era sino un niño que yo había fantaseado. Usted no ha ocultado su admiración por el hecho de haber quedado libre de esa monstruosidad sin necesidad de operación, sin tratamiento del tiroides, sin yodo. Mi opinión es que la

hinchazón desapareció porque mi Ello reconoció y le hizo reconocer a mi conciencia que yo, como toda persona, tengo una naturaleza y una vida sexualmente doble y que ya no había por qué demostrarlo de forma tan concreta. Otra cosa: aquella mujer que, sin necesitarlo, se fue a una clínica de maternidad y gozaba de los partos ajenos, tiene épocas en las que los pechos se le atrofian totalmente; entonces se despierta en ella la masculinidad y no puede menos, en la cama, de ponerse encima de su marido y cabalgar sobre él. El Ello de la tercera, la solitaria, hizo que apareciera entre sus piernas una protuberancia que tenía el aspecto de un rabo y, cosa rara, le dio tintura de yodo con la intención, como ella creía, de curarlo, pero, en realidad, de lo que se trataba era de dotar a la cabeza de la protuberancia del aspecto colorado del glande. A la última persona de que le hablé le pasa lo que, a mí, se le hincha el vientre, víctima de fantásticos embarazos. Y, además, tiene cólicos biliares, partos, si usted quiere; pero, ante todo, tiene problemas de apendicitis -como todos a los que le gustaría ser castrados y convertirse en mujeres, pues, como cree el Ello de la infancia, la mujer sale del hombre cortándole a éste los apéndices genitales. En el caso en cuestión, me consta que ha tenido ya tres ataques de apendicitis. Y las tres veces pudo comprobarse la presencia del deseo de convertirse en mujer. ¿O fue, acaso, que yo le hice creer que tenía ese deseo? Es difícil decirlo (p. 46-47)

En este pasaje, la historia sirve para presentar personas. Cuatro narraciones están vinculadas, una más larga, a una primera persona y tres más cortas, con una especie de quiasmo de géneros, de loa que el primer relato trata sobre un hombre, los dos siguientes sobre una mujer y el último sobre un hombre. Al principio se postula una hipótesis: “Hay personas cuyo Ello permanece dubitativo”, entre las cuales se encuentran “los niños amamantados por una niñera”. Las cuatro historias relatadas proporcionan una ilustración. La estructura es muy similar a la de una fábula, por ejemplo. La historia tiene un valor argumentativo, y permite poner a prueba la validez de la hipótesis formulada, del mismo modo que en una fábula, la narración ilustra, implica o termina en una moraleja. El *Yo* recuerda en primer lugar la anécdota del bocio, aunque él no recuerda si ya se la ha contado o no a su interlocutor. Una vacilación de este tipo aumenta la probabilidad del contrato de lectura y evoca una correspondencia real, con sus repeticiones y sus efectos de connivencia. La historia resulta lo suficientemente importante al *Yo* como para correr el riesgo de repetirse. En realidad, es también otra forma de responder a las objeciones del interlocutor, mencionadas al comienzo de la carta, ya no de manera abstracta sino en actos. El develamiento del mensaje del Ello traducido corporalmente lleva a la desaparición del bocio: una vez que el *Yo* se ha dado cuenta de que era un “niño imaginario” simbólico de su doble naturaleza sexual, “se volvió inútil probar la evidencia de un tumor”. Los males del cuerpo también son males del espíritu y viceversa. Para sanar al primero, debemos tratar al segundo, y viceversa.

La discusión continúa, a través de las otras tres historias. Si el *Yo* insiste en hablar de él, ha conservado la renuencia de su lector y desarrolla otros casos, para apoyar su demostración sin correr el riesgo de ser culpado por la subjetividad de sus comentarios. A su vez, cita el caso de dos mujeres que desarrollan ciertas manifestaciones corporales para recalcar unas dudas con el género masculino. En ambos casos, se trata principalmente de una modificación corporal. La primera ve que sus senos disminuyen en volumen, mientras que la segunda “le aparece entre sus muslos una excrescencia que presenta la apariencia de un pene pequeño”. Finalmente, el último caso citado, un hombre, vive embarazos imaginarios, como el *Yo*. Los casos externos se evocados aquí con bastante rapidez, para reforzar una hipótesis ya demostrada por el primer caso.

Las historias de casos son numerosas en *El Libro de Ello*, algo que no deja de evocar las obras de Freud. La totalidad de la carta 14<sup>3</sup>, por ejemplo, es una larga historia de un caso: un hombre que tiene los síntomas de la sífilis y que, sin embargo, está perfectamente sano. La narración sigue el análisis o lo precede. A veces la historia es interrumpida por análisis. El interés es doble: por un lado, la narración trae la garantía de hechos reales en apoyo de las teorías de Groddeck; por otro lado, ofrece posibilidades de interpretación y abre la posibilidad de un debate.

Algunas historias son a veces objeto de una elipsis parcial. Ese es el caso del inicio de la carta 7:

Querida amiga:

La última carta le resultó a usted demasiado seca. A mí también. Pero deje usted de criticar. No es usted la que me inspira lo que yo digo, por lo que no puede esperar que diga lo que a usted le gustaría. Decídase de una vez para siempre a no buscar en mis cartas las alegrías y las preferencias de su Yo, léalas como se leen las narraciones de viajes o las novelas policíacas. La vida es más que suficientemente seria y, por eso, con toda intención, no se debería tomar en serio ni las lecturas, ni el estudio, ni el trabajo, ni nada.

Usted se queja también de que falta claridad. Ni la transferencia ni la represión han llegado a ser cosa verdaderamente vivas delante de sus ojos, como usted y yo lo deseamos. Son, para usted, aún palabras vacías.

En esto no puedo estar de acuerdo con usted. ¿Puedo llamarle la atención sobre un lugar en su última carta que demuestra lo contrario? Usted habla de su visita a Gessners, por cuya comicidad -dicho sea de paso- la envidio a usted, y cuenta cómo una joven estudiante se las arregló para cargar con toda la cólera de Gessners y lo que éste tenía a mano porque se atrevió a contradecir al todopoderoso de los del último curso de bachillerato y, en su exaltación, a poner en duda la utilidad de las clases de griego. “Yo debo reconocer -sigue usted- que ella se portó de una manera poco educada con el viejo profesor, pero no sé cómo en ella me agradó todo. Quizá se debió a que me recordaba a mi desaparecida hermana, que, como usted sabe, murió en medio del examen de estado. A ella le pasaba lo mismo, podía ser cortante, casi mordaz y, en caso de estar exaltada, hiriente. Para colmo, la muchacha tenía una cicatriz encima del ojo izquierdo, exactamente lo mismo que mi hermana Susa”. Aquí mismo tiene usted una transferencia de primera categoría. (pp. 89-99)

El Yo evoca una historia hecha por su destinatario, en una carta de la cual el lector no dispone. Él lo cuenta parcialmente y omite ciertas partes. Una historia incompleta se consagra y se entrega a la primera persona, con una cita de fragmentos de una carta que no leeremos. El enclavamiento aquí es complejo, ya que se cuenta una historia de la historia que no tenemos. Se proporcionan varias claves de lectura sobre el rol y el estado de la historia en Groddeck. La referencia a la “historia del viaje o la novela policíaca” presupone, por un lado, el establecimiento de un pacto de lectura específico y, por otro lado, la adhesión del lector. La narrativa solo puede funcionar si el lector suspende parcialmente su juicio para adherirse. Por lo tanto, el uso de la narrativa implica en realidad una cierta actitud hermenéutica. Además, la historia saca a la luz elementos de significado que pueden permanecer opacos al momento. Es un instrumento de claridad y autoconocimiento, de sí, como del ser humano. La historia de la vida es una historia de un caso, una historia ejemplar.

La función subversiva de la narración es extremadamente visible en *El Buscador de Almas*: la forma picaresca lo invita, por así decirlo. La elección del héroe también. Un niño se nos presenta como un adulto sin ninguna inhibición. En *El libro del Ello*, la forma muy libre del texto y el tono empleado hacen posible evocar temas que a veces son provocativos. Por ejemplo, Groddeck enfatiza fuertemente la masturbación, como lo demuestra la carta 5:

Luego, querida amiga, pasó usted tímidamente a tocar el delicado tema de la masturbación; insinuó lo mucho que usted despreciaba este vicio solitario y no pudo menos que expresar su disconformidad con mis horribles teorías sobre la masturbación inocente a cargo de los fetos con la cabeza hacia abajo, los estreñimientos y los embarazos. Finalmente tuvo que decir que usted encontraba cínicos mis puntos de vista sobre las condiciones fundamentales del amor materno. “De este modo puede usted reducir todo a masturbación”, decía usted.

En efecto, y usted no va nada descaminada en la suposición de que yo deduzco, si no todo, al menos muchísimo del fenómeno de la masturbación. La manera de cómo llegué a formarme esta opinión es, quizá, más interesante que la opinión misma, por lo que se lo voy a contar.

Dentro de mi profesión, y también fuera, he tenido a menudo la ocasión de observar el lavado de los niños, operación que, como su propia experiencia confirmará, difícilmente se lleva a término sin lloros y chillidos por parte de los pequeños. Pero, probablemente, lo que no sabe usted -y en verdad no merece la pena prestar atención a tales pequeñeces- es que los niños lloran cuando se les hace unas cosas y dejan de llorar cuando se les hace otras. Hablamos del lavado, naturalmente. El niño, que no

dejaba de llorar mientras se le lavaba la cara –si usted quiere saber por qué llora el niño cuando le lavan la cara, déjese usted misma lavar esa parte del cuerpo por una persona amada con una esponja o trapo tan grande como para cubrirle a la vez boca, nariz y ojos-, ese niño, decía, deja de llorar no bien se le empieza a dar pases con la esponja por entre las piernas. Es más, el rostro del niño adquiere casi una expresión extática y permanece bien quieto. Y la madre, que poco antes se esforzaba con promesas y consuelos por hacerle soportable al niño el agua y el jabón, adquiere ahora un tono mucho más suave, amable, casi diría, enamorado; también ella cae, por así decirlo, en éxtasis, y sus movimientos son otros, más delicados, más cariñosos. Ella no sabe que le está procurando placer sexual al niño, que le está enseñando a masturbarse, pero su Ello sí que lo siente y lo sabe. Lo erótico de la acción es la causa de la expresión de placer en la madre y en el niño. (p. 77-78)

Además, aquí se establece una estrategia empleada en otra parte: tan pronto como la narrativa se vuelve subversiva, el *Yo* presta a su interlocutora los juicios que subrayan la naturaleza provocativa del tema y atraen toda la atención del lector. El *Yo* aborda no solamente el tema de la masturbación, presentado desde el principio como “escabroso”, sino que continúa con una idea aún más provocativa, sugiriendo que es la madre la que en realidad le enseña, involuntariamente, esta práctica a su hijo. La conclusión “La acción erótica le corresponde a la madre y al niño la expresión de disfrute” es un poco chocante. Si la madre ignora el placer que proporciona, “el Ello lo siente y lo sabe” y dirige sus movimientos, así como su actitud, más “tierna” y más “enamorada”. Groddeck desarrolla así una teoría completa de que la masturbación y la homosexualidad son actividades sexuales primarias, mientras que la heterosexualidad es, en última instancia, solo un derivado y, además, una forma transitoria. De la misma manera, la hipótesis, ya mencionada, según la cual el hombre puede querer convertirse en una mujer para engendrar pone en escena un relato de valor subversivo.

## **2. Una teoría encarnada: desde la oscuridad voluntaria hasta el placer de la narración.**

Los roles y el estado de las historias dentro de *El Libro del Ello* son múltiples y las historias aparecen como una de las formas más frecuentes en el libro. Esta importancia puede explicarse en particular por razones disciplinarias. La narrativa es un instrumento privilegiado del psicoanálisis. Además, permite dar cuerpo a las palabras, literalmente, de la misma manera que las palabras del Ello se traducen en un modo corporal.

Distinguiéndose de Freud y la universidad, Groddeck reclama una oscuridad deliberada al comienzo de la carta 3:

Así, pues, no he sido claro; resulta que en mi carta está todo mezclado, que usted quiere las cosas bien ordenadas y, sobre todo, basadas en hechos fehacientes, científicos, instructivos y no ideas abstrusas que, en parte, como acontece en el asunto de los vientres voluminosos, rayan con la demencia.

Muy bien, queridísima amiga, si usted quiere ser instruida yo puedo aconsejarle un manual, como se hace en las Universidades. Por lo que a mis cartas respecta, ahora mismo le doy la clave: lo que suena razonable, o no demasiado extraño, procede del profesor *Freud*, de Viena, y de sus colaboradores; lo demencial, eso lo considero yo como mi patrimonio espiritual. (p. 53)

La legibilidad y la claridad se convierten en un peligro en una escala de valores invertida maliciosamente. La exhibición de tal gusto por la oscuridad y la confusión aparentemente sigue siendo enigmática si no está relacionada con las definiciones del “Ello” establecidas a lo largo del libro:

Realmente es una tarea muy difícil hablar sobre el Ello. Se pulsa una cuerda cualquiera, y en lugar de sonar un solo tono, se oyen muchos a la vez, se mezclan, se pierden, dan origen a otros nuevos, siempre más nuevos, hasta que acaba por emerger una mezcla de bramido y griterío que absorbe el balbuceo de las palabras. Créame usted, sobre el inconsciente es imposible hablar en sentido estricto,

sólo se puede balbucear o mejor, insinuar suavemente esto o lo otro, procurado que no irrumpa el infierno del mundo inconsciente de sus profundidades y lo llene todo de salvajes estridencias. (Carta 3, p. 60)

Le escribí ya una vez que es difícil hablar sobre el Ello. En relación con él, todas las palabras y conceptos se vuelven difusos, pues, por naturaleza, está llevado a implicar en cada denominación, es más, en cada acción, toda una serie de símbolos y a tratar ideas de otros campos, a asociar, de modo que lo que resulta muy sencillo a la inteligencia es muy complicado para el Ello. Para el Ello no hay conceptos claramente delimitados, más bien trabaja con complejos enteros de ideas, con complejos que se originan a través del imperativo a la formación de símbolos y a la asociación. (Carta 6 p. 86)

La posible oscuridad y la polisemia del relato da a la lectura el “traqueteo y el bullicio” característico de un “llanto espeluznante”. Resistiendo cualquier intento de formulación racional, el “Ello” presupone una estratificación de los mecanismos de generación de significado que no deja de recordar el proceso creativo de la literatura misma.

Las palabras “cuento” y “novela” a veces se usan en un sentido a veces despectivo, como en este extracto de la carta 3:

Cuando en la novela construida según el gusto del público la pareja, después de muchas dificultades, por fin llega a reunirse, acostumbra a acontecer que ella, ruborizada, esconde su cabeza en el ancho pecho del amado y le comunica un maravilloso secreto. Esto es muy bonito, pero en la vida, excepción hecha de la interrupción del período, el embarazo acostumbra a presentarse de manera bastante fastidiosa, en forma de malestar y vómitos. Sin embargo, esto no acontece siempre, y lo digo para que no me vengan con esta objeción. Por otra parte, les deseo a los escritores y escritoras que, en su vida matrimonial, encuentren tan poco los vómitos de las embarazadas como en sus novelas. Pero, de todas formas, usted habrá de conceder que ello es muy corriente. Y la náusea o el malestar procede de la oposición del Ello hacia algo que se encuentra en el interior del organismo. La náusea expresa el deseo de distanciarse de lo que es repugnante, y el vómito es el intento de echarlo lejos. En este caso, pues, el deseo e intento de abortar. ¿Qué dice usted a todo esto? (p. 54-55)

El término “novela” se refiere aquí a la inverosimilitud de las ficciones narrativas cuando endulzan la representación de lo real. Por el contrario, las numerosas historias de casos se refieren a hechos reales establecidos como materia prima para la interpretación. A través de la narración, se establecen una ética poética y una psicoanalítica de una manera correlacionada.

La elección de la narración se explica en oposición a esta concepción de “cuento” y “novela” como una fábula improbable. Debido a que el material de partida es la vida misma, la narrativa se convierte en su instrumento privilegiado, como se sugiere en la carta 15:

Ciertamente, querida amiga, yo podría contarle a usted toda una serie de historias semejantes a la del señor D., todas historias que tienen que ver con el complejo de Edipo y que yo había prometido narrarle. Pero ¿para qué? Si usted no se deja impresionar por la historia que le he contado, tampoco lo conseguirán las demás tan fácilmente. Además, en toda la literatura que se relaciona con el psicoanálisis encontrará usted historias de éstas a montones. Prefiero defenderme de sus ataques, pues, si no, sus prejuicios adquieren cada vez más base y es inútil continuar con nuestra correspondencia.

Usted dice que no comprende cómo a causa de esas cosas que yo le he contado es posible que lleguen a tener lugar tales afecciones corporales en un hombre, que llegue a enfermar orgánicamente y mucho menos que, al descubrir tales cosas, se vuelve a poner completamente sano. Todo eso, querida amiga, tampoco lo comprendo yo, pero el caso es que lo experimento, que lo vivo. Naturalmente que reflexiono bastante al respecto, pero es difícil expresarse en estos terrenos. Una cosa, sin embargo,

tengo que pedirle a usted: prescinda en nuestras cartas de la distinción entre “psíquico” y “orgánico”. Se trata únicamente de nombres que se utilizan para hacer más fácilmente comprensibles determinadas peculiaridades de la vida, pero, en el fondo, son las dos cosas lo mismo: ambas están igualmente sometidas a las principales y más importantes leyes que rigen a los seres vivos, ambas tienen su origen en la misma vida. Sin duda, un vaso de vino es otra cosa que un vaso de agua o una lámpara de cristal, pero, a fin de cuentas, todo es vidrio y todos los objetos de vidrio son producidos por el hombre. Una casa de madera es diferente de una casa de piedra. Pero usted misma no duda en lo más mínimo de que es sólo cuestión de finalidades y no de capacidad técnica el que un arquitecto se ponga a construir una u otra. Lo mismo hay que pensar en lo que se refiere a las enfermedades orgánicas, funcionales o psíquicas. El Ello decide con toda autonomía cuál es la enfermedad que va a provocar, y no se deja guiar por nuestros nombres. Ahora creo que ya, por fin, nos entendemos usted y yo, o, al menos, usted me entiende a mí y mi afirmación clara y rotunda de que para él Ello no existe diferencia alguna entre orgánico y psíquico y que, por consiguiente, si se puede influir sobre el Ello por medio del análisis, se podrán también tratar las enfermedades orgánicas psicoanalíticamente. En determinadas circunstancias es incluso necesario hacerlo.

Corporal, anímico. ¡Qué poder tienen las palabras! Antiguamente se pensaba -quizá hay gente que lo piense todavía hoy- que había un cuerpo humano en el cual, como en su habitación, se hospedaba el alma. Pero aun cuando se aceptase esto, habría que decir que el cuerpo como tal no enferma, pues, sin el alma, estaría muerto. Solamente lo vivo enferma, y como ninguna persona duda de que únicamente se puede llamar vivo a algo en lo que están integrados alma y cuerpo... Pero, discúlpeme. Todo esto son tonterías. No vamos a pelearnos por palabras. De lo que aquí se trata -ya que usted quiere oír mi opinión- es de que me exprese de modo que se me comprenda. De que mi opinión sea clara. Y mi opinión ya se la he dicho a usted: para mí sólo existe el Ello. Cuando utilizo las palabras alma y cuerpo entiendo por ellas fenómenos del Ello, funciones del Ello, si usted quiere. Para mí no se trata, en absoluto, de conceptos independientes y, menos, opuestos. (p. 171-172)

Groddeck sugiere renunciar a cualquier distinción entre lo psíquico y lo orgánico. “Cuerpo y alma” solo corresponden a “varias apariencias del Ello”. Es porque se trata de cuerpos vivos, habitados por el “Ello” que Groddeck utiliza la historia. Si Groddeck dice, es porque él “vive” sus historias.

De la misma manera, la palabra “ciencias” siempre se usa de una manera muy peyorativa. Estas son historias reales de la vida cotidiana, fragmentos de realidad traducidos en palabras, no una representación abstracta, ya sea teórica o ficticia. En la carta 5, él distingue así la “historia” de la “ciencia”:

Así, pues, no me he equivocado, querida amiga, al suponer que usted iba a ir cobrando poco a poco interés por el inconsciente. Que usted se burle de mi vicio por exagerar las cosas es algo a lo que ya estoy acostumbrado. ¿Pero por qué escoge usted al respecto mis preferencias por el asunto de los partos? En lo que al caso se refiere tengo razón.

Usted se ha expresado últimamente en el sentido de que mis pequeñas historias, que acostumbro a ensartar aquí y allá, le agradan. “Anima el asunto -dice usted-, y una está casi tentada a creerle al presentar usted ejemplos tan sólidos”. Bueno, de todas formas, podría también haberlos inventado o, al menos, adaptado. Cosas de éstas acontecen fuera y dentro del gremio de los eruditos. Pero está bien, usted no se quedará sin su historia. (p. 75)

La narración genera el placer escuchar historias. Su científicidad se basa en la fuerza de los hechos reales. Es la combinación de los dos factores lo que lo convierte en un instrumento privilegiado. Luego se desarrolla una nueva historia de nacimiento, cuya lectura es modificada por este anuncio preliminar.

Como en la carta 5, el comienzo de la carta 6 resalta la idea de un placer de la narrativa:

Usted encuentra, querida y severa juez, que mis cartas delatan demasiado la alegría que me produce el hablar de todas estas pequeñeces eróticas. Es una observación correcta. Pero no está en mi mano

cambiarlo, yo me alegro y no puedo ocultar mi alegría; si no, podría reventar.

Cuando uno se ha encerrado por mucho tiempo en un cuarto mal iluminado, estrecho, agobiante, solamente por miedo a que los hombres allá fuera le podrían a uno reñir o reírse de él, y luego sale a la libertad y nota que nadie se ocupa de él, a lo sumo alguien lo mira un momento y sigue luego tranquilamente su camino, entonces se puede comprender que este hombre se vuelva loco de alegría (p. 85)

A los reproches que se le hacen de “auto gratificación” al contar sus “pequeñas historias eróticas”, el *Yo* no responde negativamente. Lejos de protestar, asiente. Desde allí hasta decir que es el Ello quien escribe, solo hay un paso.

Para Groddeck, la historia es particularmente interesante porque da margen para la interpretación. Al igual que una narración literaria, da lugar a varios análisis y hace posible explotar todas las posibilidades del lenguaje, en su lógica racional, como en otras formas de lógica, más cerca del Ello. Varios dispositivos son puestos en su lugar. La historia sirve como un instrumento de transmisión, una herramienta hermenéutica y educativa. Polisémico y jugando con lo implícito, él no está tanto al servicio de una explicación como de una subversión. De un modo u otro, él se vive a sí mismo como haciendo la obra de un hermeneuta. Groddeck llega incluso a invitar a su interlocutora a convertirse ella misma en el analista y reconocer sus cualidades en ese campo, un comentario que resulta divertido si se piensa que el verdadero destinatario de estas cartas fue Freud. Por medio de un relato, Groddeck revaloriza la transición de un lenguaje corporal a un lenguaje verbalizado y viceversa. Uno de los problemas en el uso de la narrativa es formular simbólicamente lo que busca expresarse de una manera orgánica. Los roles de la narrativa están fuertemente relacionados con la concepción muy particular de Groddeck del lenguaje. Mientras que Freud y sus seguidores tratan las neurosis, las psicosis y otros trastornos de la psique, Groddeck dirige su sanatorio en Baden Baden y ofrece curas para las enfermedades físicas. En esta perspectiva, el lenguaje permite no solo comunicarse sino también expresar lo que sin él se traduce en enfermedad. A partir de ello puedo formular mi experiencia y comprender lo que mi cuerpo intenta decirme (o más bien, lo que él Ello trata de decirme a través de mi cuerpo), ya no necesito el lenguaje corporal. La narración, desde este punto de vista, es un instrumento de autoconocimiento y acceso al Ello. El lenguaje así preserva nuestra integridad física. La enfermedad es el modo preferido de expresión del Ello y la historia revela su significado y fuente. La clave para la curación es comprender el deseo de la identificación. *A priori*, para Groddeck, sin duda es el Ello que escribe y su interés en la literatura no puede desvincularse de sus propias convicciones y sus prácticas médicas.

## REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- CHEMOUNI, Jacquy (1984), Georg Groddeck: psychanalyste de l'imaginaire, psychanalyse freudienne et psychanalyse groddeckienne, Paris, Payot.
- GRODDECK, Georg (1982), *Le Chercheur d'âme. Un roman psychanalytique (1921)*, Paris, Gallimard, Connaissance de l'inconscient.
- (2012) *Le Livre du ça (1923)*, Paris, Gallimard, Tel.
- (1977), *Ça et moi: lettres à Freud, Ferenczi et quelques autres*, traduit de l'allemand par Roger Lewinter, préface de François Gantheret et de Roger Lewinter.
- (1991), *L'Être humain comme symbole*, traduit de l'allemand et préfacé par Roger Lewinter, Paris, Ivrea.
- (2012) *La Maladie, l'art et le symbole*, Paris, Gallimard, Connaissance de l'inconscient.
- CROMBIE, Alistair Cameron (1994), *Styles of Scientific Thinking in the European Tradition*, London, Duckworth.
- DASTON, Lloyd and OTTE, Michael (eds) (1991), “Style in Science”. Special issue of *Science in Context*, 4/2.
- DEAR, Peter Robert (dir.) (1991), *The Literary Structure of Scientific argument*, Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- DEBAENE, Vincent (2010), *L'Adieu au voyage. L'ethnologie française entre science et littérature*, Paris,

Gallimard, Bibliothèque des Sciences humaines.

DELEUZE, Gilles (1993), Critique et clinique, Paris, Éditions de Minuit.

GENETTE, Gérard (2004), Fiction et diction (1991), Paris, Seuil, Points.

GOODMAN, Nelson (2006), Manières de faire des mondes (1978), Paris, Gallimard, Folio.

GROSSMAN, Carl et Sylva (1978), L'Analyste sauvage Georg Groddeck, traduit de l'américain par Andrée Philippe, Paris, PUF.

JEANNERET, Yves (1994), Écrire la science: formes et enjeux de la vulgarisation, Paris, PUF.

LALIVE D'ÉPINAY-TORNAY, Michèle (1983), Groddeck ou l'art de déconcerter, Paris, Éditions universitaires.

LANDRIVON, Gilles, DELAHAYE, François (dir.) (1995), La Recherche clinique : de l'idée à la publication, avec la collaboration de Pierre-Marie Belbenoit-Avich, François Chapuis, préface de Charles Mérieux, Paris, Masson.

LASSAVE, Pierre (2002), Sciences sociales et littérature. Concurrence, complémentarité, interférences, Paris, PUF, Sociologie d'aujourd'hui.

LE VAGUERÈSE, Laurent (1985), Groddeck: la maladie et la psychanalyse, Paris, PUF.

LEWINTER, Roger (1980), L'Apparat de l'âme, Paris, Mazarine.

MAISONNEUVE, Hervé, HUGUIER, Michel, LORETTE, Gérard, MARUANI, Annabel (2010), La Rédaction médicale, Rueil-Malmaison, Wolters Kluwer France.

MALAREWICZ, Jacques-Antoine (1979), Itinéraire d'une absence: de Groddeck à Balint, l'émergence de la psychosomatique, Toulouse, Privat.

MANNONI, Maud (1999), La Théorie comme fiction: Freud, Groddeck, Winicott, Lacan (1979), Paris, Seuil.

THOMASSET, Claude (dir.) (2006), L'Écriture du texte scientifique: des origines de la langue française au XVIIIe siècle, Paris, Presses de l'Université Paris-Sorbonne.

**REFERENCIA:** Stéphanie Smadja. Récit et prose scientifique dans les œuvres de Groddeck, entre corps et symbole. Narrative Matters 2014: Narrative Knowing/Récit et Savoir, Jun 2014, Paris, France. <hal-01136763>

*Volver a Bibliografía Georg Groddeck*  
*Volver a Newsletter-8*